

SEDUCIDA POR LA MAGIA

Cheyenne McCray



Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Título original: Seduced by Magic
Traducción: Silvina Merlos

- © 2006 Cheyenne Mccray. Reservados todos los derechos
- © 2007 ViaMagna 2004 S.L. Editorial ViaMagna. Reservados todos los derechos.
- © 2007 por la traducción Silvina Merlos. Reservados todos los derechos.

Primera edición: Octubre 2007

ISBN:978-84-96692-64-0

Depósito Legal: M-40260-2007

Impreso en España / Printed in Spain

Impresión: Brosmac S.L.

© Valery
www.valery.es
editorial@valery.es

Editorial ViaMagna
Avenida Diagonal 640, 6ª Planta
Barcelona 08017
www.editorialviamagna.com
email: editorial@editorialviamagna.com

*A mi esposo, Frank Federici:
después de veinte años, la magia aún continúa allí.*

Agradecimientos

Gracias, como siempre, a las personas especiales en mi vida. A mi madre y a mi padre, por su apoyo. A mis hijos, por darme el tiempo para escribir cuando me apremia la fecha de entrega. Y a mis amigos, por estar siempre presentes cuando los necesito. ¡Y gracias a Dios por las cafeterías y las librerías donde poder escribir cuando necesito escapar!

Muchísimas gracias a Peggy Phillips por su ayuda con la lectura de cartas de Tarot.

Especialmente gracias, una vez más, a mi editora, Monique Patterson, junto con mis maravillosos críticos: Annie Windsor, Mackenzie McKade y Patrice Michelle. No podría haberlo logrado sin alguno de vosotros.

Capítulo 1

San Francisco

Quince meses antes

Copper Ashcroft atravesaba la noche cubierta de niebla de San Francisco y se estremecía. Todo se veía y se sentía exactamente como en la visión de su sueño.

Ramillas y cantos rodados crujían debajo de sus zapatos deportivos al bajar por el oscuro sendero hasta el trecho sagrado de playa que había abajo. Iluminaba el camino solo con la luz de su varita. Esa noche había luna nueva y una niebla del demonio. No obstante, conocía el camino y no se detuvo.

Sus brazos se tensaban mientras apretaba el cofre de madera tallada que contenía las herramientas de su oficio al mismo tiempo que llevaba su varita. Respiraba tranquila. Estaba en forma porque se ejercitaba con frecuencia, jugaba al baloncesto y tonificaba los músculos con un buen trabajo en el gimnasio. Había sido estrella de pista y primera anotadora de puntos en la secundaria, así como también primera lanzadora en el equipo de los California Bears en UC Berkeley durante sus años de estudiante universitaria.

Copper tropezó con una raíz y casi cae en el camino. Hizo una mueca y se estabilizó.

—¡Jesús! —murmuró. Sabía que la raíz estaba allí—. Desgraciadamente, estar en forma no me hace menos torpe.

CHEYENNE MC.CRAY

Zephyr zumbaba en su oído, pero ella ignoraba a su duende abeja. Sentía que Zeph estaba triste porque intentaba realizar sola ese ritual de luna, pero en la visión de su sueño Copper llevaba a cabo la ceremonia sin nadie más alrededor. Por alguna razón, la diosa quería que lo hiciera sola.

Avanzó por el sendero de tierra hasta la arena cuando llegó a la pequeña porción de playa que solo conocían las brujas del aquelarre D'Anu, al cual pertenecía. Su aquelarre era uno de los trece diseminados por los Estados Unidos. Existían muchos más en el mundo que trabajaban para mantener las ciudades en las que habitaban a salvo de la magia oscura. Descendientes de los antiguos druidas, las *d'anús* eran brujas poderosas que solo utilizaban magia blanca.

Bueno, excepto Copper y su hermana, Silver. Las hermanas creían en utilizar la magia gris para proteger su mundo de los males que acosaban a los inocentes. Si su padre lo descubría... tendrían serios problemas. Victor Ashcroft era un sumo sacerdote del aquelarre de los *d'anús* en Salem, Massachusetts, y era un hombre bastante imponente. Su madre, Moondust, era un ser más etéreo, la calma en la tormenta, aunque estaría de acuerdo con su padre.

Según Copper, la magia blanca sola no era lo suficientemente poderosa. Era un tanto rebelde cuando le tocaba elegir entre blanco y gris y no le temía al gris o alguna vez deslizarse al negro.

Con la magia blanca, sus habilidades estaban limitadas. Varios de los *d'anús* podían influir en el clima pero no se atrevían a modificar el equilibrio natural. La mayoría podía curar y trabajar con animales, «hablar a través de los árboles» y hacer que las plantas crecieran vertiginosamente —incluso con la suficiente rapidez como para apresar a un enemigo. Útil pero... no lo suficientemente fuerte.

La arena se movía debajo de los zapatos deportivos de Copper mientras transportaba el cofre en sus brazos y lo llevaba por la pequeña playa. Sus pantalones tejanos se sentían

ajustados y cómodos y su camiseta cortada dejaba que el fresco de la noche rozara su vientre plano. A lo lejos podía ver una parte del Golden Gate; sus luces serpenteaban hacia arriba y hacia abajo en la oscuridad. Una sirena de niebla se agregaba a la singularidad espeluznante de la noche y, a pesar del sonido conocido, la carne de gallina le pinchaba la piel y los pequeños cabellos de la nuca se le erizaban.

Copper recordó el viejo Grimoire que ella y Silver habían utilizado para aprender magia gris. La señora Illes se lo había regalado antes de pasar a la Tierra Estival, y Silver aún lo tenía. El antiguo libro lucía suficientemente inofensivo, pero los hechizos que había dentro... Copper lo descubrió cuando intentó invocar la marea y casi acaba por inundar la ciudad. La magia gris tenía el potencial de llevar todo el orden natural al demonio. La magia gris podía ser de mucha ayuda, pero también podía causar daños indirectos, como lastimar a un ser vivo o trastocar la voluntad natural de un ser.

Si algún miembro *d'anu* sospechara que Copper y Silver practicaban magia gris, las echaría a ambas a patadas del aquelarre. Ni siquiera se permitía utilizar el arte para localizar delincuentes.

Además, la magia gris también implicaba un riesgo fuerte para la mayoría de las brujas. Muchos creían que había una línea tan delgada entre el gris y el negro que las brujas grises podían sentir el poder increíble que ofrecía la oscuridad. Si una bruja gris llegaba a comprometerse de manera muy emocional —su propia ira, deseo y necesidad— los hechizos podrían acercarse al negro. Podría llegar a utilizar la magia para beneficio y poder personal en lugar del bien general.

Al rozar el gris, Copper podía sentir la corriente incommensurable y poderosa y la fuerza de la magia oscura. Sin embargo, eso no inquietaba a Copper. Se sumergía en la magia gris. No tenía dudas de que no se inclinaría al lado oscuro sin importar lo profundo que fluyera su magia gris. Silver no estaba tan segura y no era una bruja gris tan fuerte como lo era Copper.

CHEYENNE MC.CRAY

Un nudo retorció el estómago de Copper al admitir un breve arrebató de por qué creía de manera tan ferviente en la magia gris. Una amiga de la infancia, Trista, fue asesinada cuando Copper tenía dieciséis años. Si Copper hubiera sido una bruja gris fuerte en aquel momento, sabía con cada fibra de su ser que habría podido salvar a Trista.

Copper apartó el pensamiento y la amenaza del llanto. Cuando llegó a su parte preferida de la orilla, se inclinó y dejó caer el cofre produciendo un ruido sordo que casi se perdió con el sonido de las olas que golpeaban contra la orilla. El viento desde el agua traía olor a pescado y a sal.

Al ponerse de rodillas delante del cofre sintió otro olor que hizo que se detuviera. Su piel se erizaba otra vez.

—¿Wolfsbane? —murmuró.

Negó con la cabeza agitando con el movimiento el caballo de color cobre que le llegaba a los hombros.

«Tu imaginación va a toda marcha, nena», pensó.

Mientras sostenía con firmeza la varita en una mano, Copper manejaba con torpeza la cerradura del cofre con la otra, pero al final, logró abrir de golpe el pestillo oxidado.

—En verdad necesito aceptarlo —masculló. Era una de esas cosas que tendían a encontrarse en la última parte de la lista de prioridades.

Las bisagras crujieron cuando abrió la tapa del baúl y la muchacha le echó un vistazo al contenido. Zephyr aterrizó en la curva de su oreja justo cuando la varita se deslizaba de sus dedos y caía en el interior. Perdió la concentración y la luz de la varita se apagó.

—Por el amor de los antepasados —sus pendientes de estrellas de cinco puntas de cobre oscilaban contra el cuello mientras hurgaba dentro del cofre hasta que sus dedos encontraron la varita. Nunca era torpe con la magia pero tenía cierta tendencia a que se le cayeran algunas cosas y tirar otras.

La varita era de cobre y tenía una contera de cristal de cuarzo redondo en un extremo y cristal de cuarzo puntiagudo

SEDUCIDA POR LA MAGIA

en el otro. La cogió con firmeza en la mano y frunció el ceño cuando el cristal no volvió a iluminarse de inmediato. Concentró su energía mágica en la varita. Esta vez, una luz dorada brilló desde el cristal e hizo que la estrella de cinco puntas del grueso brazalete de cobre pareciera brillar en su muñeca. No sabía qué haría sin la varita —su magia era poderosa, pero solo con la varita. La magia de su mano no era tan buena.

Copper colocó la varita en la ranura de un rincón del baúl desde donde continuaba derramando su luz dorada por la arena y hacía que los granos brillaran como polvo *faerie*.

Con rapidez, se quitó la ropa, arrojó la camiseta, el sujetador, los zapatos deportivos, los calcetines, los pantalones tejanos y el cinturón en una pila sobre la arena. Aunque la brujería ayudaba a mantener la mayor parte del frío acorralado, el viento frío de San Francisco le azotaba el cuerpo y provocaba que sus pezones se pusieran tensos. Se apresuró para deslizarse dentro de una reluciente bata color tierra que tomó del cofre y la envolvió alrededor de su cuerpo.

Copper cogió las provisiones, solo se le cayeron una vela y el quemador de incienso al alejarse unos pasos hacia donde proyectaría el círculo. Después de recuperar todo lo que necesitaba, colocó cada una de las velas en los puntos cardinales —amarilla para el Aire al este, roja para el Fuego al sur, azul para el Agua al oeste y verde para la Tierra al norte.

Arregló el altar con cuidado de no derramar el cáliz mientras lo llenaba de agua purificada. Cuando intentaba coger con la mano la bolsa llena de granos de sal, su brazo rozó el cáliz y lo inclinó. El corazón latía mientras dejaba caer la bolsa para coger el recipiente antes de que cayera y perdiera el contenido por completo. Con un suspiro de alivio soltó el terrible apretón con el que sostenía el cáliz y recuperó la bolsa para verter la sal que representaba la Tierra en un pequeño plato. «Ya casi está», pensó. Con su magia, encendió una vela negra que representaba ambas cosas, la Luna nueva y el Fue-

CHEYENNE MC.CRAY

go y luego quemó incienso canela para el Aire. Por supuesto, el cáliz lleno representaba el Agua.

Cuando Copper terminó los preparativos, recuperó la varita brillante y se puso de pie dentro del círculo de velas. Respiró hondo. Todo lo que acababa de hacer era una rutina, sin embargo, estaba... diferente. Se sentía como en la visión del sueño que había tenido la noche anterior y la colmaba un sentimiento de urgencia. Algo terrible, muy terrible estaba por suceder en San Francisco... a menos que ella encontrara una manera de detenerlo.

Copper se preparó para proyectar el círculo protector.

—Diosa, necesito tu ayuda para conocer tanto como pueda acerca de los peligros a los que sé que los *d'anus* se enfrentarán.

«Informaré a Silver y al aquelarre sobre la visión de mi sueño una vez que tenga más que decir», pensó.

Se colocó en el centro mientras fijaba la vista en el océano, respiró profundamente y liberó toda la tensión de su cuerpo. La varita se sentía cálida en la mano por la magia que la colmaba. El brillo dorado que arrojaba parecía el sol de la mañana temprana que centelleaba sobre la superficie menos calma del agua. Era momento de proyectar el círculo y llevar a cabo el ritual de la Luna.

En el ritual, le pedía ayuda a la diosa para cualquier mal que llegara a su camino y que le mostrara una visión de lo que estaban por afrontar. Copper no era vidente, solo podía tener visiones a través de los sueños como dote de adivinación. Pero a veces —bueno, rara vez, pero aún así— la diosa le mostraba visiones cuando llevaba a cabo un ritual de Luna.

Copper respiraba profundamente y dejaba que todos los olores de la noche la invadieran. Sin duda había una diferencia entre los olores de la noche y del día, como si la luna echara su propio perfume delicado sobre el mundo, incluso cuando estaba cubierta.

Zeph trepó hasta la parte superior de su oreja mientras ella se preparaba para proyectar el círculo. Ya sentía que la

magia se mezclaba con la de ella. Pero también sentía la angustia que provenía del duende.

—¿Qué sucede? —le preguntó. Deseaba que pudiera hablar en voz alta. Pero solo podía sentir su agitación, como si estuviera preocupado por algo.

Volvió a concentrar su atención, dejó que la bata marrón tierra cayera de sus hombros y brazos para desplomarse a sus pies en una pila satinada y dejó que el viento zarandeara su cuerpo desnudo. La arena se escurría entre los dedos de los pies mientras ampliaba su postura hasta el ancho de los hombros, dejó su sexo desnudo para que la brisa de la noche lo acariciara mientras esa misma ráfaga de aire le endurecía los pezones. El cabello largo hasta los hombros coqueteaba en la nuca y la hacía temblar por la combinación de sensaciones.

Copper levantó la varita para comenzar a proyectar el círculo cuando una sensación de poder oscuro le recorrió la espalda; Zeph se puso frenético. Sus alas zumbaban. El olor al acónito era fuerte esta vez, muy fuerte.

Una presencia detrás de ella.

Alguien... alguien la miraba.

Zephyr ejecutó un zumbido de advertencia. Copper apretó la varita con más firmeza. ¿Debía intentar proyectar el círculo con rapidez para alejar el mal o enfrentarse a lo que fuera que estuviera detrás de ella?

Estaba segura de que no tenía tiempo de cerrar el círculo. Giró y levantó la varita para que su luz pudiera cegar a cualquier ser que se le acercara de manera sigilosa y para utilizar la magia de la varita si fuera necesario.

El pulso de Copper comenzó a acelerarse. A unos tres metros de ella había un hombre de pie. Un hombre tan guapo que podría quitarle la respiración, con ojos tan negros como su cabello, pómulos altos y un hoyuelo en su mentón cuadrado.

Alrededor del cuello, en una gruesa cadena, pendía un ojo de piedra que resplandecía a la luz de la varita de Copper y brillaba con un rojo profundo. Mirarla hizo que se le revolviere el estómago antes de que el rojo se apagara con lentitud.

CHEYENNE MC.CRAY

Lo que más le llamó la atención fue el poder contenido que emanaba del hombre. Un poder tan intenso y oscuro que Copper casi retrocede. No obstante, se mantuvo firme. Con una inclinación del mentón, entrecerró los ojos y se enfrentó a lo que estaba segura era un brujo implacable e increíblemente poderoso.

—Vete —dijo Copper, afianzando su magia al mismo tiempo—. Este lugar es sagrado. No perteneces aquí.

El brujo sonrió, fue una sonrisa tan sensual como siniestra.

—Por fin... una bruja digna de mi tiempo y mis enseñanzas —hizo una pausa y llevó la mano hasta la piedra que tenía en el cuello. El brillo rojo regresaba y se perdía entre sus dedos. Hizo una leve inclinación de cabeza, como en respuesta a algún tipo de comunicación con el ojo.

—Sí. Hay otra... Tienes una hermana cuyo poder es tan grande como el tuyo y recorre la línea de la magia gris del mismo modo que tú. Solo que ella es más... vulnerable.

Al nombrar a su hermana, un frío estremecimiento recorrió a Copper y debió erguir la columna.

—¿Quién eres? —intentaba ignorar la fuerza del viento mientras miraba al brujo. Era el mal con el que había soñado. Era con lo que... no, con *quien* tenía que luchar para salvar todo lo que amaba.

Debía librarse de él antes de que destruyera lo que era bueno y puro. ¿Pero cómo?

Zephyr profirió un zumbido de enfado y ella sintió un deseo de herir al hombre delante de ella.

—No —murmuró—. Detente.

El hombre levantó la mano y la llamó. Sintió el poder de su roce en su cuerpo desnudo. Fue como si su mano desnuda la acariciara y tocara cada parte íntima de ella. Él dio un paso hacia adelante.

—Soy Darkwolf.

—Bien, Darkwolf —dijo mientras el brillo se intensificaba desde el extremo puntiagudo de su varita—. Detente ahí

mismo o haré que desees haberte quedado en la alcantarilla de la que has salido arrastrándote.

—No lo creo —se acercó y levantó la mano de tal manera que su palma quedó frente a ella.

Estaba segura de que sabía con exactitud lo que la diosa quería que hiciera para mantener a todos a salvo. Con prisa, Copper cantó:

Diosa, dame poder esta noche.

Envía la fuerza de la Luna para que me ayude a luchar.

Que los antepasados bendigan esta varita y la conviertan en espada.

¡Para enviar este mal al Otro Mundo!

La luz ardía en la varita de Copper, tan brillante que la cegaba incluso a ella. El poder la inundó, el poder de los antepasados, de la diosa. Sin embargo, necesitaba más: la magia gris que siempre tenía en ristre.

Vertió la magia gris en el hechizo con todo lo que tenía.

Un instante después, algo brilló delante de ella. Algo alienígena. Algo que no podía provenir solo del brujo.

¿Del ojo?

El hechizo golpeó la protección mágica que era tan fuerte que su magia rebotó. El hechizo volvió a saltar directamente hacia ella. Antes de que tuviera tiempo de crear una protección de hechizo, su propia magia la golpeó y la arrojó hacia lo alto, al aire...

Caía... caía... caía...

En la luz del sol. En el soplo de la primavera.

Cayó boca abajo con la piel desnuda sobre el césped más suave que había sentido alguna vez. Su rico perfume y la piedra caliza oscura llenaron sus sentidos junto con el perfume de los pétalos de las rosas. De manera imprecisa oía el sonido de Zephyr que zumbaba y la música más débil... la canción *faerie*.

Intentó levantar la cabeza, pero la música de las *faeries* se volvió aún más débil. La luz desapareció. La oscuridad llegó y la arrebató en alas veloces.